



AUTOR:
CARLOS KUNT

HENRY DARGER: LAS RAZAS INFANTILES

Arte sepultado

Se dice de Henry Darger que fue ilustrador y escritor. Se dice que su obra es una de las manifestaciones más importantes del *art brut*, esto es, arte marginal creado por personas sin formación artística. Se dice de estos creadores que habitan en los límites de la Institución y que allí, a veces, se topan con los límites de la propia existencia para vivir la creación como algo inexorable. Se cuentan estos relatos míticos constantemente, de Sísifos que hicieron voluntad de su castigo y convirtieron la empresa absurda en un sentido desesperado. Hablamos de esas personas que se recluyen, que se aíslan para construir sus propios mundos. Luego hacemos arte de ellos, los devolvemos a la Institución después de un viaje cuyo relato no entendemos. Convertimos en arte sus obras y convertimos en arte sus vidas. La profanación es inevitable.

El apartamento de Henry Darger habría sido el escenario perfecto para una representación de *teatro inmersivo*, ofreciéndole a una audiencia fantasma un inusual relato de descubrimiento. En su primer acto, la obra trataría de reproducir la sensación que tuvieron los caseros cuando encontraron el cadáver del artista apoltronado en el salón. Más tarde el espectador tendría acceso al secreto de Darger: una habitación donde esconde la obra de toda una vida, consistente en un millar de ilustraciones y páginas escritas sobre un mundo de fantasía imaginario. De algún modo, toda esa producción se encuentra aún sumida en un estado puro, tal y como la dejó el artista antes de morir, escondida de la sociedad pero brillando aún con su naturaleza propia. Es una huella reciente, la última, de una existencia críptica.

El segundo acto hablaría de cómo unos individuos, ajenos al secreto del fallecido, hacen la "limpieza" para dejar el piso vacío y poder alquilarlo de nuevo.



91 At Jennie Riches
The seven Virgins, stopped
are placed in fenced grounds
around Manley hood quarter

A estas alturas, los espectadores -que han visto el secreto - comprenden hasta qué punto la posición de los muebles, la presencia de unos recortes de periódico sobre la mesa o los restos de pintura en el balcón son huellas de una vida construida entre rituales. Los observadores invisibles perciben esta sacralidad y sufren el proceso de limpieza como una profanación. Saben que el desorden del *habitar* es un orden para aquellos que quieren recordarlo.

Sin embargo, Darger, que había huido de la sociedad, nunca quiso ofrecer su casa como un mausoleo artístico. Puede que no haya mayor arte sepultado que el que entierra el propio artista. Algunos vuelven secretas sus lógicas; otros aíslan su secreto para que sea lógico. Por eso la obra más larga de fantasía épica jamás escrita tenía que ser comprendida en su secreto o ser destruida. Y así lo pidió su autor.

El tercer acto escenificaría una doble traición. Por un lado los caseros descubren las acuarelas y los extensos manuscritos, deciden que es material valioso y, contraviniendo la orden expresa del difunto, acuerdan salvarlo y hacerlo público. Por otro lado, el apartamento que había contenido al ser asocial ha sido socializado, puesto a punto para la llegada de un nuevo inquilino. Desde el principio la hipotética obra de teatro nos aboca a un profundo fatalismo: La tautología de asistir a un descubrimiento que destruye el sentido mismo de la obra descubierta.

Resulta lógico que en la mayoría de ejemplos del *art brut*, o arte marginal, la obra se construya y se archive casi al mismo tiempo. Gobierna un síndrome de Diógenes que transforma la acumulación en una colección salvaje, en una abyección subjetiva del proceso museístico. Del mismo modo en que censuramos el desorden de nuestros cuartos, el artista marginal censura el inconfesable orden que tienen sus ruinas. Porque su elegancia es privada, impubli- cable y marginal en su misma existencia.

Por eso, pensaría Henry Darger: “si son parte de mi necesidad, de mi existir necesario, no tiene sentido que me sobrevivan. El límite de mi muerte las dejará sin memoria y, por tanto, sin traducción”.

En aquella casa murió el artista pero vivieron muchas criaturas. Durante toda su vida, colonizaron su imaginación unos seres andróginos con aspecto de niña que portaban grandes alas de mariposa o intrincadas cornamentas. Las llamó *Vivians* y le visitaron para contarle historias sobre guerras sangrientas. Él las pintaba y las escribía. Quizá ejecutara aquellos rituales diarios (Darger apuntando los partes meteorológicos, Darger volviendo de su misa diaria, Darger recortando noticias de prensa...) para mantener abierto el portal al mundo de sus criaturas. Mundo que le confirió el don del tiempo unitario, donde las horas podían habitarse según sus propias reglas.

A Darger, como a Lewis Carroll, le marcó la imagen de una niña, pero a diferencia de la Alicia de este último, la niña de Darger fue asesinada en el mundo real en 1912. Su respuesta artística fue convertirla en el mártir de una revolución de niñas guerreras, en su mundo fantástico de *Vivians*.

Ya hay mucho escrito sobre su accidentada vida, su personalidad neurótica y extravagante y las imágenes que le obsesionaban, por eso



no queremos contar otra vez su leyenda maldita. Bastará referenciar los textos que al respecto ha popularizado el escritor Agustín Fernández Mayo o el documental de Jessyca Yu, *In the realms of the unreal*, que recientemente le han hecho adquirir notoriedad en las redes. De ser un completo desconocido ha pasado a convertirse poco a poco en una de las figuras más importantes del *art brut* y sus dibujos han dado la vuelta a medio mundo. Pese a todo esto, su gran novela de fantasía sigue

sin ser publicada: Más de 15.000 páginas con el alambicado título de “La Historia de las Vivians, en lo que se conoce como los Reinos de lo Irreal, sobre la Guerra-Tormenta Glandeco-Angeliniana causada por la Rebelión de los Niños Esclavos”. Toda esta atención que ha recibido el artista últimamente nos devuelve a la cuestión del principio: Aunque aparentemente la obra de Darger ha sido desenterrada, ¿No sigue su naturaleza sepultada en el apartamento del artista? ¿Y si la única condición posible para algunas obras fuese el sepulcro? ¿Y si el arte, en ocasiones, encontrara su sentido bajo tierra? •